

Luis Hernández: O algo tan sencillo como su nombre

ELIZABETH PELÁEZ SAGÁSTEGUI

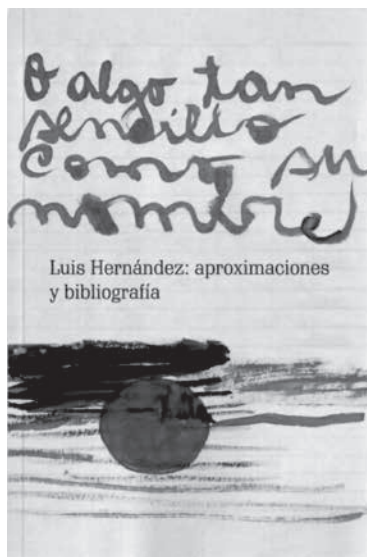
Pontificia Universidad Católica del Perú

a20114336@pucp.pe

Luis Hernández Camarero nació en Lima, el 18 de diciembre de 1941, y falleció en las afueras de Buenos Aires el 3 de octubre de 1977. Es un poeta fundamental en la generación de peruanos de los años sesenta, en tanto inició el proceso de transformación de nuestra poesía al mezclarla con la música, el dibujo, la medicina y la cultura popular. Publicó tres poemarios en vida: *Orilla* (1961), *Charlie Melnick* (1962) y *Las Constelaciones* (1965). Se desconoce con exactitud la totalidad de su obra, lo que ha contribuido a convertirlo en un mito: el del poeta más secreto e inasible.

Desde 1970, Hernández escribió sus poemas en cuadernos ológrafos, publicados póstumamente en *Vox Horrisona* (1978), compilado por Nicolás Yerovi. Con el tiempo, más reediciones de estos cuadernos han ido publicándose y, con ello, la valoración de su obra ha ido en aumento, como bien señala Andrea Cabel cuando comenta que “es un poeta peruano (...) cuya propuesta poética, estética y artística aún se está valorando gracias a las ediciones facsimilares limitadas de los cuadernos en los que quedó la mayor parte de su obra” (p. 41). En este contexto, se publica *O algo tan sencillo como su nombre. Luis Hernández: aproximaciones y bibliografía* (2023), libro que facilita, siguiendo a Cabel, la comprensión de la poética intensamente visual (p. 43) de la obra de Hernández conocida hasta hoy.

Sobre el contenido del texto en mención, Kathia Hanza, una de las editoras, señala que en el proceso de edición el libro fue tomando forma de un “homenaje plural por varias razones: las cuidadosas palabras de las semblanzas, los agudos estudios de su obra, la bibliografía esencial, la antología poética, el apéndice sobre como citar a un poeta resistente a toda preservación definitiva, y, por último, la breve sección de fotografías” (p. 11). He aquí, entonces, el libro más completo (hasta el momento) para aproximarnos a la lectura y estudio de la obra poética de Hernández.



O algo tan sencillo como su nombre.

Luis Hernández: aproximaciones y bibliografía

Luis Fernando Chueca, Kathia Hanza, Teo Pinzás, editores

Editorial Pesopluma; Pontificia Universidad Católica del Perú

Lima, 2023, 306 pp.

Entre los artículos académicos de estudiosos y estudiosas de la obra hernandiana publicados en este libro, destaco el de la mencionada Cabel, quien propone leer *El estanque moteado. Seis canciones rusas* (1974), apelando al significado de “errar”, pero no como yerro (error), sino como viaje, tránsito: “(...) para mostrar que, entre tanto movimiento, existe un espacio/momento muy específico en el que aparece un ‘tú’ que propone una forma particular del hablar del amor: desde la omisión” (p. 47). A partir de esta lectura, se comprende que la poética visual de Hernández (el dibujo, el collage, la historieta, etc.) plantea un tema que en su misma forma de ser tratado resulta escamoteado (es decir, no visto / no dicho de forma evidente): el amor.

Si bien todas las semblanzas y estudios que componen el libro parten de

orillas de lectura diversas, como el análisis de los colores en la poesía visual, las transgresiones y desdoblamiento de la voz poética, la ruptura (consciente en el poeta) del absoluto, la musicalidad, las categorías eco/poéticas, el niño como modelo estético, los motivos recurrentes en la obra hernandiana, entre otros, al final estas aproximaciones coinciden en que Hernández intuía que la realidad no puede ser aprehendida en su totalidad, porque no es fija sino cambiante. Por tanto, es imposible que pueda ser expresada a cabalidad por el lenguaje del poeta. No obstante, como sugiere Víctor Vich, “lejos de martirizarse o ahogarse [por esa revelación], sus versos apuntan a construirle un sentido al dolor” (p. 184). Es así como Hernández nos invita a leerlo y a descubrirlo a partir de su juego de palabras que parecen simples, pero que pueden llevar a significantes complejos. Leerlo a partir de sus ironías, de su intertextualidad con la obra propia y ajena, de su tránsito por distintos idiomas, de sus dibujos alusivos, de sus inspiraciones y homenajes a la literatura occidental (como la europea y americana del siglo XIX e inicios del XX) y oriental (como la influencia china o el haiku japonés) implica leerlo en su constelación de cuadernos ológrafos sobre los cuales no se tiene, evidentemente, con certeza el número exacto, razón por la que nunca tendremos acceso total a ellos, sino de manera parcial, fragmentaria, dispersa.

Es así como Hernández nos invita a verlo/leerlo superar el dolor de saberse no dios como Apolo, sino ser finito: entregarse a un proyecto de poesía visual, una propuesta que no logra el cometido ya truncado, pero que, a cambio, permite asir un haz de luz en la oscuridad, un fragmento de la realidad que nos lleva a descubrirla, a develarla bajo la sombra de palabras sugerentes que fluyen como las olas del mar, bajo un sol lila que, errante entre el crepúsculo y el anochecer, nunca se apaga.